

La enfermedad

Para Rafael Rojas, historiador

El sobre estuvo entre la papelería del correo por más de una semana. Desde hacía varios años, cada seis meses, repetía rigurosamente los exámenes, por si acaso. Aquella mañana estaba fresco, era domingo y no había salido la noche antes. Se sentía cansado y prefirió quedarse en casa. Desde su balcón se escuchaban las campanas de las iglesias cercanas y, después de tanto tiempo viviendo en esa área, se dio cuenta de que, cuando viajaba, extrañaba la sincronía de aquellos sonidos dominicales, incluso si lo despertaban después de una noche de juerga y pachanga en el barrio. Fue a la cocina, cogió la cafetera del fogón y la llevo al fregadero para lavarla. La luz entraba intensa por la ventana de su cocina y, otra vez, reconoció de manera diferente el color de las paredes, la transparencia del agua y el marrón del polvo de café que ahora ponía en el envase de la cafetera. “Será que nunca me levanté temprano y a esta hora todo luce distinto en esta casa” – pensó.

Se paró en la ventana y vio como sus vecinas de abajo salía a la calle ¿a misa? No lo sabía, en veinte años viviendo en el mismo edificio si habían cruzado tres palabras era mucho. Lesbianas no creía que fuesen o tal vez sí. Cuando él llegó a vivir en ese apartamento, ya ellas estaban allí y hubo una época en que salían mucho y recibían a mucha gente. Pero ¿qué hacía? ¿Desde cuándo le había importando la vida de sus vecinas? El olor del café lo sacó de esos pensamientos absurdos. Se sirvió en una tasa y salió a la sala. “Déjame ver ese correo”, dijo, estirando la mano al mazo de cartas que tenía encima de la mesita de la entrada. Buscó el abridor de ellas en la canasta y comenzó por la primera que tenía en la lista. “¿Qué piden estos?” – se preguntó- Una donación para la tienda de perros en el barrio. ¿Y esto qué es? Una tarjeta de crédito. Esta es la cuenta del agua y esta la de Internet. Este es el examen medico semestral. Los maricones han acabado con el SIDA. El virus les cogió miedo – comentó para sí mismo un poco en broma un poco en serio. No sabía qué tiempo llevaba haciéndose estas pruebas y nunca nada. El era promiscúo, aunque a su manera. Nunca había querido tener una pareja fija porque se consideraba incapacitado para la fidelidad sexual, pero se cuidaba todo el tiempo de ir más allá del libro erótico post pandemia.

Algo había fallado en los últimos seis meses, sin embargo. Casi ni se da cuenta: el resultado, esta vez, era positivo. Lo leyó y fue como si hubiese leído negativo, sino ¿cómo

hubiese podido poner el sobre junto al resto y continuar revisando los que quedaban sin inmutarse? Fue sólo dos minutos después que su mente retrocedió y volvió al sobre con el timbre del hospital. Sí, resultado: Positivo. Y debajo: Llame al número siguiente para comenzar su tratamiento lo antes posible. Separó la carta de las demás, tomó un sorbo de café y siguió revisando el bulto. “¿Este catálogo de dónde es? Bah! Esa tienda no me gusta. ¿Y este descuento? Hmm, interesante, ahora me va a hacer falta”.

Terminó y afuera crecía el bullicio de los quehaceres diarios de los vecinos. “¿Qué hacer esta noche? Ya sé, casi lo olvido: “Habana Abierta” da un concierto hoy en el Yara. Va a estar bueno, después de tantos años fuera”. Fue a su CD player y puso un disco de Xiomara Laugart. “Antes de cualquier cosa- pensó- tengo que decírselo a mis amistades, no quiero que se enteren por rumores salidos del hospital. En este país no hay secretos”. Fue a su cuarto y sacó la última maría que le quedaba. La prendió e inhaló como pocas veces lo había hecho. Tosió un par de veces y se sentó por un minuto en la cama. Salió a la sala otra vez y en la parte de atrás del sobre del hospital empezó a escribir una lista de nombres, comenzando por el de sus padres.

Jesús E. Jambrina
Viterbo University

Crítica

Hay por lo menos dos maneras de enfrentar este relato del escritor cubano Jesús E. Jambrina (La Habana, 1964). Por un lado, la noticia de la enfermedad irrumpe en la vida del protagonista sin dramatismo ni estridencias. El protagonista sabe que ha vivido acercándose hacia ella de modo casi ineludible; sin embargo, ha preferido continuar gravitando en torno al peligro, e incluso amargarlo. De ahí que la noticia llegue como un simbólico alivio y como una confirmación de todas las intuiciones. El protagonista tal vez podría sentir placer y hasta el regocijo suicida de haber explorado hasta las últimas consecuencias todos los resquicios de una posibilidad. Ha jugado una y otra vez, quizá hasta el hastío y el cansancio, a una especie de ruleta rusa con su propio cuerpo.

La otra manera de leer este relato supone numerosos guiños, sobre todo para un lector cubano. El texto condensa varios anacronismos para la Cuba de hoy, para su sociedad, cultura y economía. Esa Cuba descrita en “La enfermedad” es una Cuba del futuro, aunque no por eso lejana. Es una Cuba en que existe desde Internet con libre acceso para toda la población, hasta estrategias de seducción y acoso de la sociedad de consumo, con su avasalladora propaganda y tarjetas de crédito enviadas por correo postal. Un lector que leyese este cuento ahora, en pleno 2009, acomodado en La Habana, sonreiría ante todos los anacronismos irónicos e incluso subversivos que ha colocado el autor. Jambrina ha vislumbrado una Cuba futura y cotidiana, que se parece a la realidad de cualquier lugar.

Sin embargo, en este relato también está la Cuba permanente, ésa en la que cualquier secreto corre a grandes zancadas y estalla con fuerza de polvorín soterrado. Es la Cuba en que no hay noticia bien guardada, ni aunque se le declare secreto de Estado. Una Cuba y un modo de vivir en que

es mejor mostrarse plenamente, airearse al viento, antes de callar e intentar colocar los secretos en escondrijos y cajas fuertes. Jambrina ha descrito una Cuba anacrónica con un protagonista que es un cubano de siempre.

Poeta y ensayista, Jambrina ha publicado en los Estados Unidos y en Hispanoamérica, y trabaja en un libro de ensayos sobre la poesía del escritor cubano Virgilio Piñera. Prepara, además, *Aterrizaje*, conjunto de cuentos sobre los cambios que desatan las migraciones en la vida personal. Son relatos en que se funden lo individual y lo colectivo, desde la emigración de los ancestros del autor desde Zamora, España, hacia Cuba a inicios del siglo XX hasta su propio desplazamiento posterior a los Estados Unidos a comienzos de XXI. Jambrina se desempeña como profesor de literatura hispanoamericana en Viterbo University, donde también coordina el Programa Latinoamericano de esa institución.

Armando Chávez Rivera
The University of Arizona